

DOMINICI PEDRO CESAR

DR.

EL EGOISMO

ES LA BASE DE LA SOCIEDAD

(Tests)

Desarrollada ante esta Corporación el Colegio de
Ingenieros de la República, en la sesión del día 2
de Abril de 1.894.

Carácas

pp. 15.

Imp. Bolívar 1.894.

"D"

EL EGOISMO
ES LA BASE DE LA SOCIEDAD

TESIS DESARROLLADA

POR EL

DOCTOR PEDRO CESAR DOMINICI,

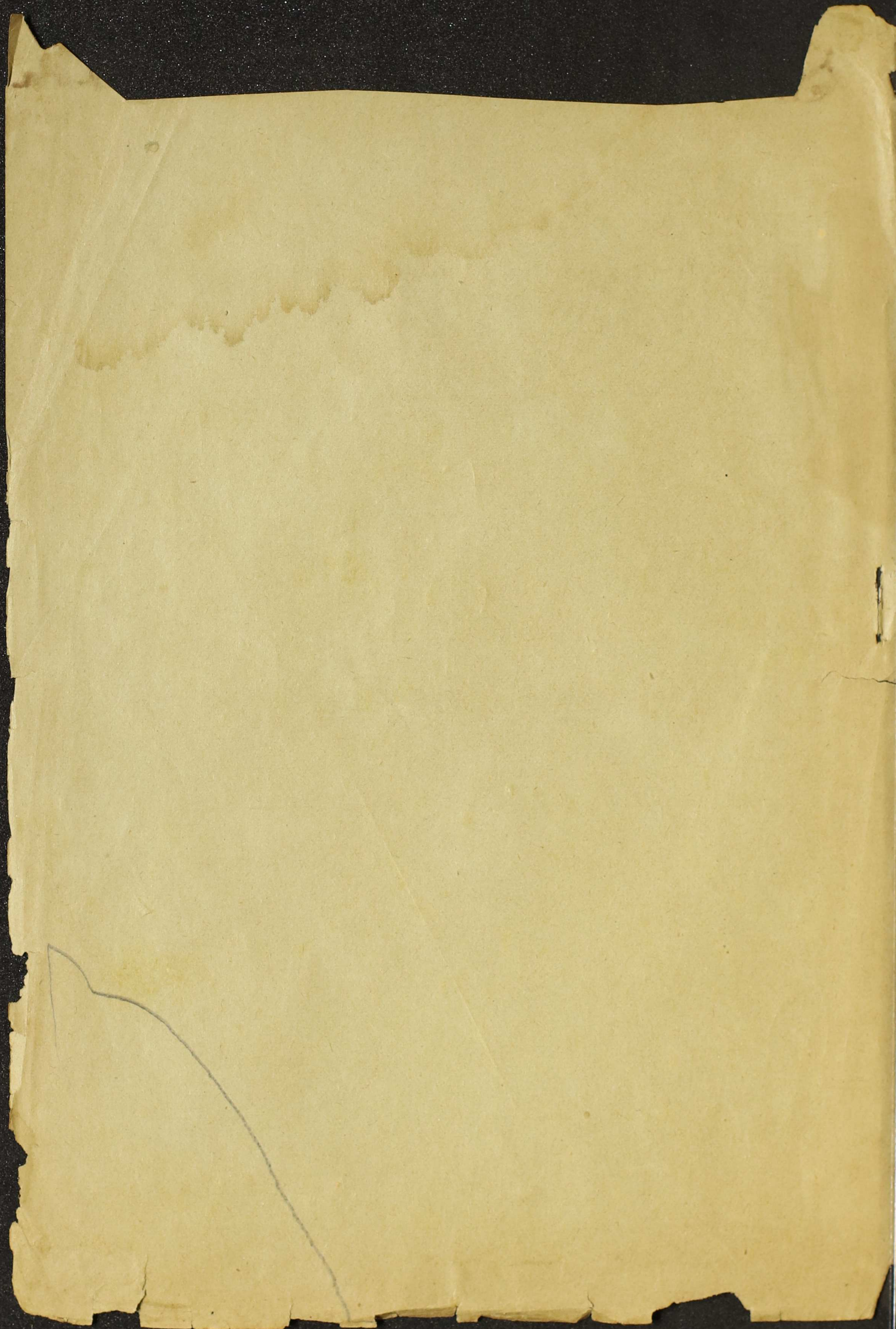
Secretario de la Facultad de Ciencias Filosóficas

ante esta Corporación y el Colegio de Ingenieros
de la República, en la sesión del día 2 de abril de 1894



CARACAS
IMPRESA BOLIVAR
1894



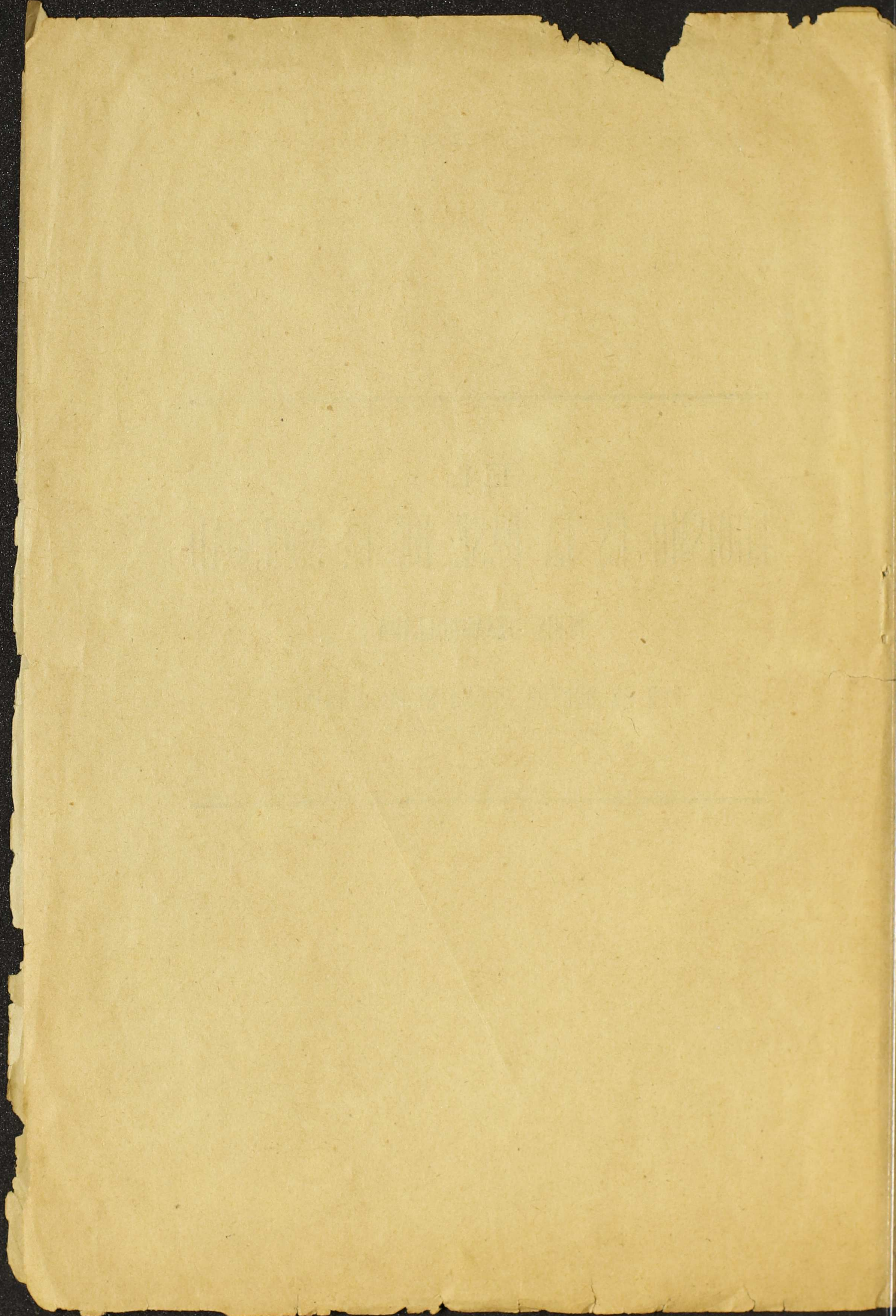


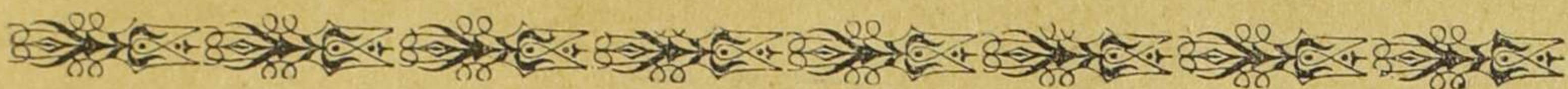
EL
EGOISMO ES LA BASE DE LA SOCIEDAD

TESIS DESARROLLADA

POR EL DOCTOR PEDRO CESAR DOMINICI

Secretario de la Facultad de Ciencias Filosóficas





Ciudadano Presidente de la Facultad de Ciencias Filosóficas:

Ciudadano Presidente del Colegio de Ingenieros:

Señores:

No quiero que se diga que he permanecido indiferente ante la crisis favorable que comienza á iniciarse; la obligación moral en que estamos todos los miembros de esta Facultad, de propender al progreso de la Filosofía en Venezuela, por medio del libre examen de todas las cuestiones que abarca con su enorme radio, me ha hecho olvidar que por primera vez subo á una tribuna, y á una tribuna científica, á una tribuna donde debe llegarse como pensador, sin ideas preconcebidas, á analizar en el terreno de la ciencia, á tratar de descubrir la verdad por dolorosa que sea.

El filósofo debe plantear racionalmente todos los problemas; si nos elevamos de abstracción en abstracción, y explicamos lo que no se ha descubierto, como incomprendible para la razón del hombre, la filosofía sería una ciencia inútil, inventada para distracción de los ociosos.

El sociólogo debe inspirarse en la naturaleza, como madre del mineral, del vegetal y del animal, y tener como base para todos sus cálculos, al hombre con sus pasiones y virtudes.

La tesis que he escogido, encierra un problema de fácil solución; tal vez la única dificultad que tenga, es, la de ser demasiado extensa para resumirse en pocas páginas.

“El egoísmo es la base de la sociedad,” sobre ese tema pueden escribirse libros muy extensos, aunque des-

consoladores; el trabajo que presento no puede llamarse propiamente un estudio, es sólo un ensayo para un estudio; indico la manera general de tratar la cuestión, pues en un discurso es casi imposible exponer un plan completo con todas sus argumentaciones, y considerar un tema desde todos los puntos de vista.

Entro, pues, en materia.

Estudiando al hombre antropológicamente, ya considerando la antropología como la ciencia que estudia al hombre física y moralmente, ya considerándola como una rama de la historia natural, que lo estudia monográficamente, como lo haría un zoólogo; sea derivándolo de la edad terciaria ó cenolítica, en que se cree haber encontrado los primeros indicios del animal cuya evolución orgánica llegó á formar el hombre; sea haciéndolo aparecer en un jardín delicioso, rodeado de árboles, aspirando el perfume embriagador de las flores, entre las tentaciones voluptuosas del fruto prohibido; ó más claro, venga de una generación progresiva, en la teoría de la evolución; venga de una intervención milagrosa, en la teoría del misticismo: el hombre es esencialmente egoísta.

Examinémoslo en el período prehistórico: estaba dominado por su necesidad inmediata, comer; por comer luchaba cuerpo á cuerpo con los animales, por comer huía de sus semejantes para no tener que repartir su presa; dormía sobre los árboles, entre las rocas; era el rival de todos los animales, el rey de la naturaleza; se hizo feroz, y miraba su peor enemigo en su hermano, á quien cazaba traidoramente, y cuyos huesos se entretenía en roer, mascándolos con el odio sangriento que despertaba la alegría del vencedor. El odio nació del hombre al hombre, sin todavía tener ideas, cuando no podía ni distinguir la especie; el salvaje puede sentir compasión por un lobo rabioso, pero no por otro hombre. El hombre en aquella época, como en ésta, ha sido, y es, el enemigo más temido del hombre mismo.

El egoísmo brutal, la necesidad de la mujer, fué lo que le hizo suavizar la ira innata contra sus semejantes; necesitaba á la mujer, por un instante, sí, pero la necesitaba; tenía que satisfacer otra necesidad que lo dominaba cuando estaba harto de alimento, echado so-

bre el suelo, sin pensar ya en la carne cruda cuya sangre humeante aún le chorreaba por los labios temblorosos de la pasión bestial.

La bestia humana como la ha llamado el gran Zolá, fué la primera forma que tomó el egoismo primitivo para que se uniesen el hombre y la mujer; al principio encontraba á la mujer en los bosques, como encuentra el macho á la hembra, después no le bastaba, después necesitaba tenerla consigo; la hizo su esclava, dominaba la fuerza, la mujer era más débil, tenía que doblegarse ante la superioridad del hombre. Los hijos estaban con la madre hasta que podían buscar su alimento, la madre hacía lo que el animal, sin tener la nobleza del alacrán, que se deja romper las entrañas para alimentar á sus hijos. Después el hombre comprendió que aquellos hijos que abandonaba podrían serles útiles, pues trabajarían para él, y al mismo tiempo estarían en mayor número para atacar al enemigo. El hombre, pues, comenzó á ser sociable por la necesidad personal, por las ventajas que le traían las agrupaciones; todavía no se habían desarrollado las necesidades afectivas, que comenzaron á formarse por la costumbre; de la costumbre nació el amor del padre al hijo, del hijo al padre, del hermano á la hermana; vivían constantemente unidos, y ya les hacía falta verse; comenzaron por no comerse los cadáveres de los que servían á una misma horda, ya estaban señalándose los primeros signos del afecto.

En todas esas manifestaciones se anunciaba la ley del progreso moral, como se anunció la ley del progreso orgánico viendo aparecer sucesivamente los anfibios, los reptiles, los pájaros, los mamíferos. En la paleontología vemos palpablemente el desarrollo de las especies, en la sociología observamos las terribles noches que ha pasado el hombre para llegar al estado discutible en que se encuentra hoy.

El hombre iba multiplicándose rápidamente, y ya era difícil andar errantes; comenzaron á formarse las tribus, que se iban aclimatando en ciertos lugares, siempre dispuestas á abandonar sus tierras, cuando la naturaleza las expulsaba con espantosos huracanes, ó anegadas por torrenciales ríos, ó diezmadas por la peste. Huyéndole á la naturaleza fueron buscando los sitios menos peligro-

sos, y ésto las obligó á transigir un poco con las otras tribus; comenzaron entonces la agricultura y la cría.

Al mismo tiempo se hacían sentir las necesidades intelectuales: el lenguaje, que estaba reducido á mímica, fué auxiliado imitando los gritos de los animales, que, á su vez, imitaban los cantos de la naturaleza, los ruidos del viento, de los ríos, etc. . . . después, poco á poco, esos gritos se transformaron en sonidos articulables; de allí se formó la palabra, y ayudados por la palabra y por la acción, la colectividad se entendía. La religión provino del miedo á la naturaleza, á la causa secreta que los castigaba, ese temor se convirtió en agradecimiento, cuando comenzaron á estar más cómodos y á sentirse menos hostigados por sus enemigos naturales. Los ídolos nacieron del temor á los jefes muertos, á quienes veneraban y ofrendaban; de allí se dirivó la oración, que fué una alabanza á los espíritus de los muertos temidos, era como una adulación para que no los castigase el que había desaparecido lleno de poder y acostumbrado al mando; entonces comenzaron los que no podían ser jefes, porque no eran los más valientes, á hacerse intérpretes de la voluntad de los muertos, y comenzaron á engañar para dominar; ya el jefe, que se veía obedecido por el temor de sus antecesores, no era el más valiente, sino el más audaz para fingir y no creer. Nacieron de allí las ideas de los diversos dioses, de las sectas, de la división del mando entre el jefe guerrero y el jefe intérprete; vinieron las ideas del bien y del mal, es decir, lo que agradaba ó no agradaba á los jefes; las mitologías, invenciones de los sectarios consultores para acrecentar el valor é impedir la discordia que debilitaba á las tribus; ya no trataban de tenerlas sino en guerras constantes con las enemigas, para que no se insubordinasen; pero, aún de este modo, ya era imposible obtener una disciplina social que conviniese á los diversos jefes de una misma tribu; de allí se derivaron los gobiernos, para dar cabida á los descontentos temidos por su fuerza, las leyes, premios y castigos impuestos voluntariamente por los gobernantes: todo lo que existe hoy, pero de una manera más indecisa, más vaga, más confusa; todo fué impuesto por el egoísmo, primero por el instinto de conservación animal, luego por el interés de la horda, de la tribu, etc.

Esa es, á grandes rasgos, la formación de la sociedad primitiva, en una sucesión consecutiva de muchos siglos: en ella se vé dominando el egoismo brutal, la satisfacción inmediata de las necesidades materiales, sin embargo, las necesidades afectivas y sensitivas, y las necesidades intelectuales ó cerebrales, también se dejan ver, aunque muy vagamente. Todas esas necesidades existen en el individuo que se llama hombre, desde su estado primitivo; hoy existen dominadas un poco más por la conciencia, regidas por la voluntad, y sobre todo, influidas por el medio ambiente en que ha sido educado y sostenido el hombre.

* * *

Estudiemos también, á grandes rasgos, la época histórica, y veremos que es el mismo egoismo de la época primitiva, más refinado, el que rije este período social.

Desde que Nembrod, el furioso cazador, pasó á Asiria y fundó á Nínive, llegó el egoismo á la locura; era una sucesión de príncipes que se hacían adorar como dioses y tributar honores divinos, que disponían de las poblaciones á voluntad, las que obedecían bajo un estado de servilismo increíble por la depravación, pero natural por las condiciones morales del hombre. Estaba marcada la necesidad bestial en su exajeración, casi en el estado del salvaje, aunque refinada hasta lo soez de Sardanápalo. Ya en el reinado de Salomón se admiraban las disposiciones intelectuales, y el egoismo bestial se iba transformando en la necesidad de pensar. Sigue la lucha de las razas, y el egoismo imperando en todo su esplendor: unos hombres, que se creían privilegiados, arrastraban al pueblo á defenderlos y sostenerlos en sus tronos, en donde vivían entre orgías y placeres, ébrios de lascivia y de orgullo; millones de hombres sucumbieron luchando sin fe y sin bandera, mataban y destrozaban por el odio al enemigo, cualquiera que él fuese, sin distinción de sexos ni de clases; era una lucha salvaje de los animales en las selvas: el instinto de conservación y el deseo del botín,

la destrucción, el fuego, los prisioneros á la hoguera, las cabezas humeantes, prendidos los cabellos, serpenteaban entre los pies de los batalladores; entre tanto, allá estaba el señor en su palacio, entre los brazos de sus queridas, rodeado de perfumes, embriagado con las ansias voluptuosas del afeminamiento histérico.

Por fin llegó el período de Grecia y Roma, donde todo era poesía, todo arte: Orfeo con su lira civilizadora, el culto de las Musas, la Expedición de los Argonautas, la busca del Vello de Oro; Hércules, Teseo, Castor y Polux, Aquiles, Héctor, y Homero cantando la epopeya más bella de la historia, con su divina poesía adornada de nardos y de acacias.

Más allá aparece otra constelación resplandeciente y bella como la anterior: Milcíades, Esquilo, Arístides, Cimón y Pericles, Alcibíades, Leonidas con sus trescientos Espartanos, defendiendo las Termópilas, Licurgo y Solón creando leyes y formando patrias, Sócrates, el gran sabio, envenenado con la cicuta y mirando abrirse ante sí el cielo de su gloria.

Es una de las páginas más bellas de la historia humana, verdadera lucha de titanes, adoradores de la fuerza y la belleza; seguían apareciendo estrellas que irradiaban luz propia: Platón, jefe del *idealismo*, Aristóteles, creador del *realismo*, Jenofonte, Tucídides, Safo, Herodoto, el padre de la historia, Demóstenes, el padre de la oratoria.

Entre ese campo inmenso de ideales nació la poesía griega, que vino á formar coronas de laurel y mirto para cubrir las cabezas de los héroes, para engrandecer la memoria de los legisladores, para unir con eslabones de oro la historia de todas las naciones y recordar á los hombres la inconstancia de la fortuna, haciéndoles observar cómo desaparecen entre sus páginas las grandezas del egoísmo humano y atraviesan como estalactitas luminosas los guerreros y los sabios, envueltos en la polvareda instantánea de los siglos que pasan.

Pero toda esa grandeza se apagó bien pronto, la Grecia llegó á su ruina entre humillaciones y ultrajes, y siguió Roma, que después de haber sido la cuna del derecho y la patria de los Gracos, se entregó co-

rrompida al orgullo de sus señores: César, Tiberio, Calígula, Nerón, los grandes egoistas, los asesinos de la libertad.

Bajo el reinado de Constantino hubo una gran calma, en que recuperó la humanidad sus fuerzas perdidas para seguir la lucha de salvajes á que la conducían los hombres-reyes en defensa de sus caprichos y de sus costumbres depravadas.

Fué en esa época que comenzó la religión de Jesucristo á preponderar; rodeada del misticismo más bello, se hacía necesaria, era la única religión salvadora, la única que podía hacer pensar la sociedad en el deber, aunque alagándola con la recompensa, y haciéndola temer con los castigos de la otra vida; la humanidad, siempre egoista, necesitaba que le ofrecieran la felicidad eterna para poder ser buena, para que pudieran los hombres tratarse como hermanos, y los magnates no se creyeran de una condición superior al pueblo. La religión cristiana, hecha para dominar el egoismo, se apoya en una máxima egoista: "No hagas á otro lo que no quisieres que te hicieren á tí."

La fe, de brazos con el egoismo, paseó el mundo, y pudo dominar por algún tiempo los excesos brutales de las razas; pero entonces comenzaron las querellas religiosas y dimanaron guerras terribles en defensa de las diversas ideas; los fanáticos exageraban las teorías y huían de la práctica del bien, daban falsas interpretaciones á las parábolas y símbolos, y arreglaban convenientemente los misterios para profetizar castigos y anatemas sobre el hombre, é imponer sus creencias por el temor y por la sangre. La Iglesia católica, por el fanatismo de algunos de sus Papas y sacerdotes, tuvo contendores como Lutero y Calvino; la lucha de ideas se convirtió en lucha de personalidades. Los reyes obligaban á sus súbditos á sostener las religiones que ellos sostenían, el fuego y la fuerza eran las razones convincentes.

Ya casi no se sostenían ideas, era la eterna lucha del egoismo humano con el egoismo humano, el pueblo siguiendo un jefe, sea cual fuere el símbolo que defendiese, las doctrinas que implantase; un lazo azul ó una cruz roja, una rama verde ó una flor blanca, ya

era suficiente para que no se reconociesen los hermanos, y se arrojasen los unos sobre los otros para despedazarse: era el animal que necesitaba sangre para empapar sus uñas, víctimas para saciar su instinto.

Allí están en la historia páginas de armiño manchadas de sangre, páginas negras teñidas con odio y empapadas con llanto. Allá, lejos, muy lejos, está la degollación de los inocentes; acá, muy cerca, están la Inquisición y la noche de San Bartolomé.

La dinastía de los reyes seguía su sucesión divina, y el pueblo se acostumbraba á reconocer como privilegiados á los descendientes de una familia; fué Napoleón I quien hizo comprender al pueblo francés, que los reyes eran hombres impuestos por la fuerza, proclamándose él emperador, y escogiendo elegidos divinos de entre un puñado de sus Generales.

Ya antes, el río, detenido por un dique, es decir, el pueblo cansado del servilismo y pisoteado por los reyes, se había desbordado y destrozado todo lo que encontró á su paso. La ola de la Revolución Francesa salpicó hasta América, de ese desgarramiento interior de héroes y locos, dimana una gran parte de la civilización actual, es la base de los nuevos descubrimientos, y ha hecho más bien al mundo que todas las teorías leídas en libros y proclamadas en discursos.

Mi objeto al entreteneros escuchando este ligero bosquejo de miles de años, es, recordaros como ha venido transformándose el egoísmo humano, base de la sociedad, y como el orgullo de los hombres ha podido hacer perecer millones de seres en luchas sangrientas; es decir, el hombre, dotado de entendimiento, sentimiento y voluntad, dotado de la palabra para comunicarse con sus semejantes, distinguiendo lo bueno de lo malo, pudiendo crear, teniendo religión, afectos, ideales, todo lo que constituye el orden moral, ha hecho exactamente lo mismo que hace el animal guiado por su instinto de conservación; el animal desea comer, encuentra quien se lo impida, y mata para conseguir su alimento; el animal tiene su hembra, otro desea apropiársela, y mata para defenderla; lo mismo ha hecho el hombre: París roba Helena á Menelao, y se origina la guerra de Troya; el Papa León X no quiere escu-

char á Lutero, y siguen luchas inútiles de ideas religiosas; Luis XVI no se ocupa de dar pan al pueblo francés, que tiene hambre, y estalla la terrible revolución.

La sociedad actual descansa sobre un mar de sangre hermana, cuyas olas se evaporan y crean la atmósfera del pesimismo en que se asfixia la nueva generación, que comienza ahora á levantar la cabeza para interrogar la verdad, para buscar la razón de la vida, para descubrir el límite que aparta el bien del mal, lo necesario de lo convencional, la idea del símbolo.

* * *

Analicemos sucintamente algunos de los puntos principales de los que constituyen la sociedad moderna, y veremos que todos tienen por base el egoismo.

El hombre se ha hecho sociable, no por el bien que produzca á sus semejantes, sino por la utilidad que sus semejantes le producen á él. La felicidad es lo que busca constantemente el hombre, todo depende de como se considere él feliz; de allí proviene la gran lucha: unos luchan por la satisfacción de sus pasiones, otros por la tranquilidad de su conciencia, otros por la gloria, otros por la posesión del mando, y otros, en fin, cuyo egoismo llega más allá, desean la felicidad eterna, y se abstienen en el mundo de todos los placeres y del contacto íntimo con sus semejantes, para dominar sus pasiones, y obtener la suprema felicidad entre las fruiciones imaginarias de la región desconocida.

Ahora bien, para que pudiera existir esa lucha sin que el hombre se extralimitase, tenía que estar regida por una institución nombrada por todos, y en que cada uno tuviera deberes y derechos; esa institución se ha llamado, gobierno, que es, quien garantiza al ciudadano el derecho de poder conseguir su felicidad, sin impedir á otros que luchen por la suya; el gobierno ha nacido del egoismo: el hombre que posee una propiedad, no puede considerarla segura si no existe una fuerza superior que impida á los más fuertes que se la usur-

pen; el gobierno es pues, la fuerza que obliga al hombre á respetar al hombre, nacida del egoismo, pues si el hombre tuviera la seguridad de ser respetado sin el auxilio de las leyes, no se hubiera impuesto voluntariamente códigos que lo castiguen, y que pueden llegar hasta quitarle la propia vida.

Otra de las leyes que rige la sociedad es la religión: el hombre cree en la existencia de un lugar en donde va á ser recompensado ó castigado después de su muerte; la religión le abre el camino para la tranquilidad del espíritu, la felicidad material no valdría nada sin la felicidad espiritual; esta felicidad depende del medio ambiente en que se eduque el hombre; de allí, que existan diversas religiones en teorías y práctica, pero una sola en ideas, que tiene por base el egoismo: la felicidad futura y eterna en un lugar desconocido, que tiene como pórtico la duda, y por coronamiento el gran tribunal de las compensaciones.

El amor en todas sus formas es otra de las bases de la sociedad, y el amor en todas sus formas es egoista: el hijo que es despreciado, vejado, y abandonado por sus padres, llega á no amarlos, y á considerarse como aislado en el mundo; el hijo que tiene una madre ó un padre que lo difaman, que lo hacen despreciable ante los otros hombres, según las leyes convencionales de la sociedad, que han manchado su nombre, la única herencia de sus antepasados, concluye por abandonarlos, y llega hasta cambiarse el nombre que debe á sus progenitores. Es triste decirlo, señores, pero es cierto; el santo amor á la madre, á la que lo alimentó con su propio sér, dándole sangre de su sangre, vida de su vida, alegría con sus caricias, tranquilidad con las plegarias de la inocencia, amor á la belleza, al honor, á la verdad, á todo lo grande, á todo lo noble: llega en el hombre á convertirse en indiferencia y hasta en odio, porque por su causa es despreciado por la sociedad.

¿Qué se hicieron las ideas morales? ¿Qué se hizo el corazón? ¿Qué se hizo la religión? ¡Todo desapareció ante el egoismo individual, el amor al *yo*, á ese *yo* miserable!

El amor del hombre á la mujer es el más egoista de todos: el hombre se casa, y olvida á su familia por el

amor á la esposa y á los hijos; es celoso, y llega hasta ser funesto por su egoismo.

El amor á los otros hombres es un amor convencional: el hombre ama á quien le hace bien, odia á quien le hace mal, y es indiferente con quien él le es indiferente; es una correspondencia mutua de los afectos, la prueba de esto es, que un hombre puede odia á otro que le ha hecho mal, y ese odio transformarse en amor cuando el otro se ha arrepentido y reparado su falta.

Todo lo domina el egoismo, es innato en el hombre, ha ido transformándose á medida que han ido transformándose las necesidades personales; que son, las necesidades nutritivas, las necesidades afectivas y sensitivas, las necesidades intelectuales ó cerebrales. Las necesidades nutritivas originaron un egoismo bestial, que era regido por el instinto de conservación, y que marcó con caracteres indelebles la ley de la lucha por la vida; las necesidades afectivas y sensitivas originaron un egoismo convencional, que produjo la familia, la sociedad; las necesidades intelectuales originaron un egoismo inconciente, que produjo la religión, los ideales, las artes y las ciencias.

La sociedad actual tiene que estar apoyada en el egoismo, pues que se deriva de la sociedad primitiva, que ha ido transformándose de acuerdo con la transformación del egoismo humano, por el desarrollo natural de las necesidades del hombre.

Claro que el hombre de hoy no es el hombre primitivo, que no obedecía sino á la fuerza como ley, y que no arrebatava al hombre su propiedad sino cuando le era imposible hacerlo; en cambio, hoy tenemos sabios que viven en sus laboratorios, empapados en ciencia, con profundo conocimiento de la filosofía y del derecho, luchando por encontrar el modo de que mueran más hombres por minuto, haciendo que las armas de fuego vomiten mayor número de balas, y que cada bala vaya á dar en el pecho del soldado enemigo.

¿Qué es eso? ¿No es eso egoismo?

Yo no llamo egoismo solamente al egoismo individual; yo también llamo egoismo, al egoismo de la familia, al egoismo de la nación, al egoismo de la raza.

Todos esos egoismos nacen de la felicidad personal,

del amor al *yo*. El amor á sí mismo, el amor á todos los que se aman, el amor á la sociedad en que se vive, el amor á la patria, todo eso es egoismo: el hombre llora y se desespera por la muerte de un sér que quiere, y le es completamente indiferente la muerte de otro á quien no conoce.

Yo no llamo *altruismo* la necesidad que tiene el hombre de formar una familia y de vivir en sociedad, puesto que ese hombre es capaz de destruir otra familia y otra sociedad por el bien de la suya; en eso imita al animal, el animal lucha también por conservar su especie, y se une para atacar á sus enemigos.

El *altruismo* no existe todavía: todavía existen las guerras civiles, todavía existen las guerras internacionales; hoy la Europa en masa se levanta con su enorme aparato de guerra, en donde gastan los gobiernos millares de millones, que podrían invertirse en dar trabajo al pueblo, y en arreglar las cuestiones sociales; con el dinero que se emplea para tener sobre las armas ejércitos costosísimos, habría para que no muriera de hambre ni de frío, un solo pobre en el continente europeo; pero no, allí está el egoismo de las razas preponderando, allí están los pueblos que marcan la civilización universal, preparados para destrozarse, formando alianzas porque se tienen miedo; hoy pende la vida de millones de hombres, del mal humor con que se levante el Czar de Rusia de entre sus colchones de plumas, del sueño que haya tenido el grande autócrata.

Eso se llama egoismo de las razas, egoismo de los hermanos separados por las diversas lenguas. Del egoismo se originó el anarquismo, esa secta de locos, como todos los fanáticos, que quieren imponer sus ideas con bombas de dinamita; el anarquismo es el sentimiento exagerado del individualismo, que no admite en ningún caso la acción común.

Si el propietario hubiera querido escuchar al obrero, cuando este suplicaba le rebajasen las horas de trabajo, cuando suplicaba el minero lo dejaran ver el sol siquiera una hora todos los días, y el viejo inválido exigía una pensión por haberle roto las piernas una máquina, y no poder mantener á su familia; ¡qué distinta sería la situación del mundo, qué distintos el progreso

moral y material de los países! pero no, el amo, satisfecho después de una comida opípara, montaba en su carruaje que se dirigía á escape al teatro de la ópera; mientras tanto, los hijos del obrero suplicaban llorosos que no los arrojase de sus hogares.

El anarquismo no es, sino el escepticismo que empieza de una manera terrible á cundir en el pueblo, el esclavo eterno, que ya no reflexiona, y comienza á buscar venganza contra la sociedad; el pueblo, que ha luchado tanto para levantar personalidades, ideas, banderas, símbolos, y que al obtener la victoria es despreciado y olvidado por los jefes; el pueblo que no sólo es oprimido por los gobiernos, sino que lo oprime el rico, el propietario que le debe todo lo que posee al sudor del obrero, al trabajo honrado y útil del que necesita dinero para comer y vivir.

No, el *altruismo* no existe todavía; existirá el *altruismo* el día que no se necesiten ejércitos para destrozarse la humanidad, el día que una nación más fuerte no se atreva á robarse los terrenos de otra, el día que el dinero que se gasta en pólvora, en cañones y en balas, se emplee en fundar bancos utilitarios, á donde vaya el pobre á buscar dinero para trabajar y poder vivir sin la humillación de la limosna.

Existirá el *altruismo*, el día que todos los hombres tengan la facilidad de instruirse teórica y prácticamente, para dar luz á la inteligencia, y poder sentir las elevaciones del espíritu en alas de la ciencia y del arte. Existirá el *altruismo* el día que el hombre pueda contemplar la humanidad feliz y unida por un lazo universal de fraternidad, no aceptando el convencionalismo social por el interés utilitario personal.

Mientras tanto, el egoismo es la base de la sociedad: sea el egoismo individual, sea el egoismo de la familia, sea el egoismo de la patria.

Caracas : 2 de abril de 1894.

